



Cambio climático y mundo en desarrollo: las insidias del *learning by doing*...

*Olga Cavallucci**

La herencia positiva de Copenhague

No hay duda, el mundo parece estar de acuerdo en que la reunión de Copenhague, el pasado mes de diciembre, fue un fracaso rotundo. Hay quienes no rescatan nada de la cumbre; sencillamente todo acabó en una operación de fachada de última hora, en la que un puñado de países, en nombre de todos los demás y para sacar la cara frente al mundo, presentaba el famoso Acuerdo de Copenhague.

Pero recordemos por un momento cuáles fueron los retos de tan celebrado evento. Básicamente, el objetivo de la reunión era establecer un acuerdo que sustituyera el Protocolo de Kyoto, que además de expirar en 2012, proponía niveles de compromiso muy por debajo de las exigencias de reducción establecidas por la comunidad científica.¹

En otras palabras, había que elaborar un marco legal vinculante, que uniformara globalmente los niveles de compromiso de los países, para superar la división virtual entre “los malos” Estados Unidos de América (EUA), Rusia, China, Canadá y Ucrania... y “los buenos”, Japón, Australia, Unión Europea. Así es como se expresaba, un mes antes de la cumbre,² el mismo Stavros Dimas, comisario europeo para Medio Ambiente, subrayando la situación existente de países de alguna manera comprometidos en la lucha contra el cambio climático y de países que no lo habían hecho.

* Coordinadora del Programa de Cambio Climático y Mecanismos de Desarrollo Limpio de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; <ocavallucci@hotmail.com>.

1 Según el *Intergovernmental Panel on Climate Change* (IPCC), para mantener la temperatura por debajo de los 2°C se necesitan reducciones entre 40 y 45% sobre el año base 1990 para países desarrollados (PD) y 15-20% para países en desarrollo (PED), en <www.ipcc.ch/home_languages_main_spanish.htm>.

2 Factor CO², 19 de noviembre 2009, en <www.factorco2.com/>.

Otro punto de debate entre los 194 participantes fue el relativo a la ayuda económica y transferencia tecnológica a los países en vías de desarrollo,³ en reconocimiento de la deuda histórica que el primer mundo tendría hacia el mundo en desarrollo, por haber basado su crecimiento sobre economías altamente carbono-intensivas desde la revolución industrial.

Es innegable que la tarea no era fácil; mejor dicho, era tarea de titanes, que además pretendió resolverse en cuestión de un par de semanas, con la idea de cerrar exitosamente la ruta de Bali establecida en 2007, según la cual en 2009 debían ultimarse las negociaciones internacionales sobre cambio climático.

En el fondo, se trató de algo monumental: definir la arquitectura de una nueva economía eco-sustentable global, que reconozca la necesidad de unas pautas de crecimiento económico siempre más libre de carbones fósiles. El Protocolo de Kyoto fue en realidad un ejercicio tímido, que favoreció un marco de oportunidades para empresas dedicadas al desarrollo de iniciativas en tecnologías limpias, energías renovables, ingenierías y nuevas maneras de producir bienes y servicios. En este sentido debe ir el planeta.

Pero muy a pesar de estos ambiciosos objetivos, el Acuerdo de Copenhague no resultó ser más que un acuerdo de mínimos, aprobado por más de cien naciones y de carácter no vinculante. Un acuerdo del que las Naciones Unidas “tomó nota”, pero que no es obligatorio en la medida en que no ha sido reconocido por todos los países.⁴

El acuerdo plantea la posibilidad de ayuda climática a las economías en desarrollo por un total de cien mil millones de dólares anuales desde el año 2020,⁵ y fija una meta para limitar el aumento de las temperaturas globales a menos de 2 grados Celsius (3,6 Fahrenheit) por encima del nivel de la era preindustrial, haciendo que por primera vez se haga referencia al límite de los 2 grados Celsius a nivel de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

3 Según la Agencia Internacional para la Energía (IEA), solo la Unión Europea (UE) debería aportar entre 2 y 3.000 euros al año a partir de 2020.

4 Las decisiones de las Naciones Unidas se dan en base al criterio de “un país, un voto”, lo que excluye que puedan aprobarse disposiciones que no hayan sido aprobadas por unanimidad.

5 El acuerdo prevé financiación en el corto plazo, hasta el año 2012, de US \$ 30.000 millones para que los países más vulnerables adopten medidas contra el cambio climático y un objetivo a plazo medio de US \$ 100.000 millones anuales para 2020. Fuente: Agroinformación. Factor CO², 14 de mayo de 2010.

Pero el texto no establece un programa de límites de emisiones para alcanzar esa meta, ni los países ofrecen indicios de cómo ni cuándo las naciones pobres y ricas podrían acordar un mecanismo vinculante para combatir el cambio climático. A esto se añade que el texto no ha sido aprobado como decisión de la ONU, no es vinculante y el límite de emisiones es “flexible”, es decir, cada país establece a su discreción cuánto y cómo reducir dichas emisiones.⁶

En conclusión, las negociaciones de Copenhague han demostrado que no hay voluntad política de asumir un serio compromiso en la lucha al cambio climático, que el liderazgo de las Naciones Unidas es algo precario y vulnerable

Así, a la hora de hacer el inevitable balance de la cumbre en la ciudad danesa, los recortes apenas suman un porcentaje entre el 11 y el 19% de reducciones sobre el año base 1990, algo muy lejano de las recomendaciones del Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC) para mantener la temperatura por debajo de los 2 grados Celsius. Esto se traducirá en un incremento del 3,9 grados Celsius, lo que implicará más de 170 millones de personas afectadas por inundaciones costeras y 550 millones de personas en riesgo de hambruna y el 50 % de las especies en riesgo de extinción.⁷

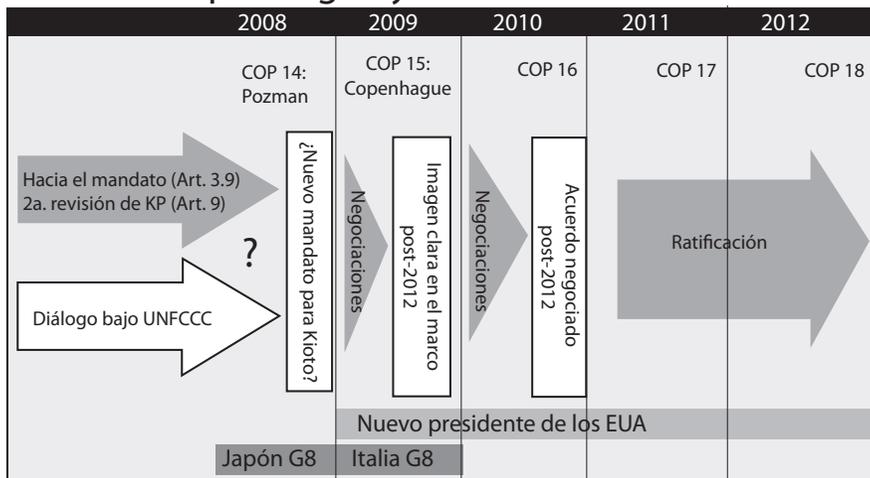
En conclusión, las negociaciones de Copenhague han demostrado que no hay voluntad política de asumir un serio compromiso en la lucha al cambio climático, que el liderazgo de las Naciones Unidas es algo precario y vulnerable, sujeto a mecanismos de voto de eficiencia muy discutible, y que, desde luego, no hay ningún liderazgo por parte de EUA, ya que no solo no presentaron ningún acuerdo climático —el famoso *environmental bill* sigue hasta la fecha bloqueado en el Senado— sino que su ofrecimiento de reducción de emisiones descansa en posiciones pre-Kyoto.⁸

6 Agencia Reuters, noticias de 10 de marzo de 2010.

7 Factor CO², 19 de marzo del 2010.

8 Los EUA ofrecieron, en el Acuerdo de Copenhague, una reducción de emisiones del 17% sobre el año base 2005, lo que, ponderado al año base 1990, reduce el ofrecimiento a menos del 4%.
Fuente: Factor CO², 1 de febrero de 2010.

De Bali a Copenhague y más allá



Fuente: <www.pointcarbon.com>.

El mundo en desarrollo toma la delantera

Muy a pesar de la general y legítima decepción provocada por los modestos resultados de la Cumbre del Cambio Climático de Copenhague, hay un aspecto rescatable frente al evidente mal sabor: la ola de protagonismo ambiental de los países en desarrollo, que se han comprometido a un sinfín de audaces planes para potenciar las energías renovables y reformar la base de sus economías.

Así las naciones en desarrollo han comenzado a movilizarse, tratando de limitar la dependencia de sus economías de los combustibles fósiles, dependencia no solo nefasta para el ambiente, sino inviable desde un punto de vista energético, en la medida en que se basa en recursos finitos, que se agotarán en un futuro muy próximo.⁹

Sobre el telón de fondo del post-Copenhague, 25 naciones ya han comunicado sus Acciones de Mitigación a Escala Nacional (NAMA Nationally Appropriate Mitigation Actions), las que proponen ambiciosos proyectos para el aprovechamiento de recursos energéticos limpios.

9 Factor CO₂, 31 de marzo de 2010. Consultar también L. Brown, Plan B 4.0., 2009, uno de los más reconocidos analistas ambientales norteamericanos y fundador de Worldwatch.

En esta carrera “verde”, los países en vías de desarrollo que lideran el grupo son pujantes economías como Brasil, aspirante a reducir entre 48 y 60 toneladas de dióxido de carbono hasta el año 2020, apostándole a su sólida (...y controversial) industria de biocombustibles; China e India cuentan con notables instalaciones para producción de biogás, energía solar, eólica e hidroeléctrica. Incluso cabe mencionar que, sorpresivamente, el proyecto más ambicioso viene de África, en donde a finales del año 2009 se firmó la Alianza Africana de Energías Renovables.

Siempre desde el continente africano, países como Etiopía, Ghana o Marruecos le apuestan agresivamente al aprovechamiento de las energías renovables y a la producción de etanol, mientras que otros como Sierra Leona han estrenado ambiciosos programas nacionales para la gestión de recursos naturales y gerencia ambiental.¹⁰

Pero los buenos ejemplos provenientes de los países en vías de desarrollo no se acaban aquí: México, país anfitrión de la Cumbre del Cambio Climático en diciembre de 2010, la Conferencia de las partes del Protocolo de Kyoto (COP) 16, se ha comprometido a reducir en un audaz 30% sus emisiones para el año 2020, a través de iniciativas como la instalación de 7.000 megavatios (MW) de capacidad de energía renovable, que a su vez garantizará 16.000 gigavatios-hora (GW/h) al año, además de una agresiva introducción de biocombustibles como fuente energética alternativa para el país. En el otro lado del océano, también se encuentran ejemplos de compromiso activo en materia de control de emisiones, tal y como demuestran iniciativas parecidas en países como Indonesia, Jordania, Armenia, Georgia o Macedonia.

Una rápida revisión de las más destacadas acciones del mundo en desarrollo parece demostrar que, al margen del evidente compromiso medio ambiental, estas naciones aparentan haber intuido asuntos fundamentales que el primer mundo aún no enfoca en todo su alcance: por un lado, que al apostarle a un cambio de matriz energética se acompañan claras ventajas económicas, desde el ahorro energético hasta la creación de un sinnúmero de empleos verdes. Por el otro, que la inacción en materia de lucha contra el cambio climático implica, a la larga, un riesgo mucho mayor sobre todo

10 Concretamente, el Programa Nacional de Recursos Naturales Integrados y Gerencia Ambiental de Sierra Leona. Factor CO₂, 31 de marzo de 2010.

para los países más pobres, dada su limitada capacidad de respuesta económica, social y política *versus* la de los países industrializados, así como la incertidumbre que acompaña a dicho fenómeno...

El ALBA: Audacia de posiciones pero con incoherencias

Pero hay un grupo de países en desarrollo que parece inclusive ir más allá de la implementación de audaces iniciativas verdes y que se inserta en esta ola de protagonismo medio ambiental con características muy propias, “autóctonas”, agresivas e ideológicas: el llamado bloque de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de nuestra América (ALBA), conformado entre otros países por: Venezuela, Bolivia y Ecuador.

En un primer análisis del Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP)¹¹ se observa que el ALBA tiene un posicionamiento muy definido con respecto al cambio climático, que se reitera en la Declaración Especial sobre Cambio Climático de la VII Cumbre del ALBA-TCP (Cochabamba, Bolivia, octubre de 2010).¹² Hasta aquí, se reconfirma la tendencia ya evidenciada respecto a otros países en desarrollo.

Pero vale la pena profundizar más. Básicamente, el ALBA condena la actitud de los países desarrollados, principales causantes del cambio climático, por querer eludir la responsabilidad histórica de sus propias emisiones con un acuerdo que viola los principios de equidad y responsabilidades comunes, pero diferenciadas, que se encuentran establecidos en el Protocolo de Kyoto. En esta perspectiva, el fracaso de Copenhague solo sería una demostración más de la imperdonable falta de voluntad política demostrada por el llamado primer mundo.

Pero la condena del ALBA tiene raíces aún más profundas, y si no se las analiza, no se entiende a fondo la agresividad de sus posiciones y planteamientos, al margen de las inevitables coloraciones ideológicas que saltan a la vista al referirse a este bloque, liderado por destacados gobiernos de izquierda de la región latinoamericana.

11 El Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) se creó en 2006 por iniciativa del actual presidente de Bolivia, Evo Morales, con la idea de concretizar una oposición a las negociaciones de los tratados de libre comercio promovidos por Estados Unidos con los países andinos, en http://www.redtercermundo.org.uy/tm_economico/texto_completo.php?id=3056.

12 En <http://cmppc.org/>.

El ALBA parte de un escepticismo y desconfianza de fondo: Toda negociación que se haga para canalizar exitosamente los esfuerzos globales hacia una lucha al cambio climático tiene un “vicio de origen” insuperable: este “vicio” radica en que los países desarrollados, lejos de querer renunciar a sus estándares de vida derrochadores de energía y recursos, al contrario quieren perpetrar sus patrones de producción y consumo, tendencia que finalmente ahonda la dependencia y marginación de los países en desarrollo a través de discutibles mecanismos financieros, entre los que se encuentran los controversiales mercados de carbono.¹³

Estas herramientas son definitivamente rechazadas, al considerarse que “mercantilizan” el medio ambiente, que no dan garantías de transparencia y equidad y que, finalmente, acaban trasladando la carga de la mitigación a los países más vulnerables, perpetrando el sistema económico y nivel de emisiones de los países desarrollados. En una palabra, *business as usual*.

En contra de dichas tentativas para eludir medidas agresivas que recorren drásticamente las emisiones, el bloque bolivariano sostiene la absoluta necesidad de que el referente internacional para la lucha al cambio climático sea la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (CMNUCC), y su Protocolo de Kyoto.

La Convención y su Protocolo, no los mecanismos artificiales de mercado, deben ser el único marco para un efectivo y vinculante régimen jurídico global, por lo que el grupo ALBA rechaza la posibilidad de alterar, sustituir o peor eliminar, dicho marco en beneficio de otras soluciones.

De nuevo, todo lo mencionado se basaría sobre una consideración de fondo: El inminente colapso medio ambiental es el resultado del modelo capitalista que se fundamenta en un desenfrenado consumismo, así como en patrones de consumo y de producción insostenibles del mundo industrializado.

Como consecuencia, el primer mundo, que representa apenas el 20% de la población mundial, habría contraído la llamada “deuda climática” con los países en vías de desarrollo, al igual que con las futuras generaciones y con la misma Madre Tierra. Esta deuda derivaría de haber consumido las tres

13 Para referencias sobre las polémicas en contra del mercado de carbono, consultar: Larry Lohmann, “Carbon Trading a critical conversation on climate change, privatisation, and power”, en *Development Dialogue*, No. 48, Uppsala, The Dag Hammarskjöld Centre, 2006.



cuartas partes del espacio atmosférico ajeno, para apuntalar su crecimiento económico, es decir, del espacio destinado al desarrollo de otros países.

Sobre la base de estas consideraciones, el bloque ALBA pretende obligar a los países del Norte a comprometerse con la disminución de un nivel de concentraciones de gases de efecto invernadero por debajo de las 300 ppm,¹⁴ como única alternativa sería frente a la urgencia de regresar a niveles de concentraciones preindustriales que permitan contener de este modo el problema.

Asimismo, la mencionada deuda climática debe considerarse como parte de un concepto más complejo, que incluye una “deuda de adaptación”: literalmente, un compromiso por parte de los países industrializados para transferir tecnología “accesible, asequible y adaptable”, eliminar toda barrera asociada a la propiedad intelectual y no condicionar dicha ayuda a factores que la restrinjan y limiten.

Inclusive el ALBA va más allá y cuantifica: los países desarrollados deben proveer el 6% de su Producto Interno Bruto (PIB) a favor de los países en desarrollo a través de una contribución “medible, notificable y verificable”, con el fin de que se respete el derecho a su desarrollo sostenible, “en un ambiente sano, ecológicamente equilibrado, y con el espacio atmosférico requerido”.

Las implicaciones del discurso bolivariano son notables: se necesita cambiar los patrones de consumo y estilos de vida en los países desarrollados; es decir, en el fondo se propone reformar drásticamente, *ab origine*, el sistema económico, comercial y financiero internacional. Una auténtica revolución integral, totalitaria en el sentido más pleno de la palabra. En sustancia, esto es lo que propone el ALBA.

Otra implicación menos holística pero igualmente rica en repercusiones: el rechazo por parte del bloque de soluciones de mercado vinculadas a la venta de bonos de carbono, como la reciente crisis del 2008 lo ha demostrado, estas herramientas lejos de resolver el problema, garantizan el *statu quo* del sistema económico capitalista y exponen el mundo a las insidias de todo mercado financiero.

14 Partes por millón (ppm), unidad de medición de la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera.

Una vez descrita la posición de este grupo de países, se llega a varias conclusiones: si consideramos que cualquier acuerdo político que sea forjado sobre criterios del mundo industrializado, sumiría en la pobreza a casi la totalidad de la población mundial, el ALBA propone enfrentar esta corriente mayoritaria de inacción y debilidad de posiciones marcada por Copenhague, así como “defender la cancha” de los intereses del mundo en desarrollo. Nadie hará este trabajo sucio, menos aún cuando la avalancha del cambio climático atropelle al primer mundo, obligándolo a concentrar sus esfuerzos y recursos “puertas adentro”.

Así, los países del bloque bolivariano, por un lado, confirman su compromiso de trabajar en conjunto para participar en las políticas de Copenhague, pero, por otro lado, establecen su derecho inviolable a un “desarrollo sostenible, en un ambiente sano, ecológicamente equilibrado, y con el correspondiente espacio para dicho proceso”.

En este sentido, consideramos que no pueden negarse las contribuciones del discurso bolivariano: la parte “económica”, con su denuncia del modelo económico actual de extracción, agotador de recursos y moralmente inaceptable; la parte energética, que evidencia como estamos viviendo con una tarjeta de crédito medioambiental que se agota paulatinamente, y que, por ende, obliga a tomar en serio la alternativa de una nueva matriz energética basada en las energías renovables (...y que ponga un fin a los anacrónicos e incoherentes subsidios a los carbones fósiles); la parte social, que descifra la compleja telaraña del cambio climático con todas sus implicaciones en varios niveles de la escala social, que empiezan por los estratos más desprotegidos; y la filosofía de fondo, que obliga a un cambio en los hábitos globales, a un “poner en discusión” estilos de vida, que como seres humanos codiciosos en algún momento, hemos causado.

Así, en un clima de ociosas y estériles negociaciones internacionales, al menos el ALBA, toma partido, es propositivo, y tiene claro que nadie le ayudará a sacar las castañas del fuego al mundo en desarrollo, cuando los estragos del cambio climático se escapen definitivamente de control.

El inminente colapso medioambiental es el resultado del modelo capitalista que se fundamenta en un desenfrenado consumismo, así como, en patrones de consumo y de producción insostenibles del mundo industrializado.



A la luz de lo analizado, la posición del ALBA parece reflejar un acertado e inspirado realismo: estamos condenados al desastre si se sigue en el terreno de la voluntariedad de compromisos y de la *soft law*, tal y como Copenhague ha establecido sin una pizca de recelo, ante el mundo.

Al contrario, hay que liderar con firmeza un proceso mucho más agresivo, que obligue a recortes obligatorios y vinculantes para los países industrializados. Pero no es todo: frente a las previsiones del PCC siempre más alarmantes y concretas —y eso que se trata de un organismo más bien conservador— Copenhague no solo no ha avanzado, sino que ha regresado a posiciones pre-Kyoto, tal y como evidencia el ofrecimiento norteamericano de un 17% de reducción de emisiones para el año 2005, ya que, al ponderar esta cantidad al año base, nos referimos a un modestísimo 4%.¹⁵ En el fondo, el ALBA solo evidencia el estado de las cosas, sin tapujos.

Finalmente, hay otro tema que también el ALBA se encarga de subrayar debidamente: aunque los países en vías de desarrollo no sean los responsables del desastre climático, serán los mayormente afectados. Esto debería ser un argumento suficientemente contundente como para actuar con urgencia, antes de que el problema caiga encima como una avalancha imparable.¹⁶

Pero también hay aspectos del discurso bolivariano más cuestionables y menos concretos: así por ejemplo, los países del ALBA señalan contundentemente que “su modelo de desarrollo” será muy diferente del modelo depredador y codicioso del norte, que sencillamente no es viable desde un punto de vista medio ambiental y energético.

Como consecuencia, sostienen la necesidad de que toda iniciativa voluntaria de mitigación sea “reconocida, compensada financieramente y promovida a nivel mundial” y en este contexto apoyan abiertamente la iniciativa del Ecuador Yasuní-ITT;¹⁷ definida como un proyecto innovador y

15 Es decir, el año 1990.

16 Para más información acerca del cambio climático y sus pronósticos, consultar Nicholas Stern, *Stern review, the economics of climate change*, London, The Cambridge University Press, 2007.

17 La iniciativa ITT-Yasuní, liderada por el Ecuador, es una opción innovadora para el control efectivo de las emisiones, al evitar la extracción de combustibles fósiles en áreas críticas por su biodiversidad o sus culturas indígenas en países en desarrollo. La propuesta consiste en mantener bajo tierra las reservas extraíbles de crudo del campo ITT, de 846 millones de barriles de petróleo pesado con lo que se evita la emisión de aproximadamente 400 millones de toneladas métricas de CO₂ pero requiriendo a cambio una compensación económica por la contribución realizada a la comunidad internacional.

vanguardista, que refleja una concepción del desarrollo basada en el paradigma del Buen Vivir, es decir, en “relaciones de armonía y respeto con la naturaleza y con los demás” y no en una mercantilización de la naturaleza; esto es falso, pues en su primera versión, el fideicomiso internacional que respaldaba la iniciativa se iba a capitalizar a través de una “pura y dura” venta de bonos de carbono en mercado europeo: los llamados Certificados de Garantía Yasuní (CGY).

Por otro lado y en un enfoque más general, todas las consideraciones que hasta aquí se han hecho deberían propiciar un replanteamiento de las políticas nacionales de los países miembros del ALBA; que en una perspectiva pragmática podrían, a lo mejor, apostarle más a las ventajas o desventajas de un cierto posicionamiento y menos a una política de “grandeza nacionalista”, que suena muy bien frente a la opinión pública pero que no cunde frutos en el terreno de la práctica.

El caso ecuatoriano es ilustrativo: hay que aceptar que no somos Brasil, Colombia, ni ninguna gran economía de las que pueden incidir en este gran ajedrez de la política global, ni siquiera a nivel regional. Así, en esta nueva óptica de *realpolitik*, firmar el Acuerdo de Copenhague, por muy injusto y antidemocrático que fuera, podría haber sido una opción. De haberse dado este caso, nos hubiéramos asegurado formar parte de la lista de “países vulnerables al cambio climático”, y, por ende, con derecho a recibir financiamiento prioritario para implementar las políticas de adaptación. Lo que ahora no ocurrirá: “sin pan ni pedazo...”

Cancún:

Un final feliz ¿o el comienzo de un tortuoso camino?

Parece evidente la urgencia de recobrar la confianza perdida en Copenhague para culminar con éxito la Conferencia de la ONU sobre Cambio Climático (COP-16), que se llevó a cabo durante el mes de diciembre de 2010, en México. Sobre este telón de fondo de incertidumbre, el mundo en desarrollo parece llevar la delantera, muy a pesar de obstáculos y torpezas.

Ahora, este mismo mundo quiere ver compromiso y resultados reales. China realiza grandes esfuerzos para cumplir con sus ofrecimientos, pero no esconde su deseo de que la problemática del cambio climático sea una responsabilidad compartida con el resto. Por otro lado, durante la conferencia de diez Jefes de Estado de los Gobiernos africanos sobre cambio climá-



tico, el pasado mes de mayo, el primer ministro etíope, Meles Zenawi, dijo claramente que no habrá acuerdo internacional vinculante en la próxima cumbre de Cancún, a menos que las naciones industrializadas no cumplan las promesas hechas en Copenhague de asistir financieramente a los países en desarrollo para enfrentar al cambio climático.¹⁸

En línea con estos reclamos, los ministros de Medio Ambiente de Brasil, Sudáfrica, China e India (BASIC) insistieron nuevamente (Río de Janeiro, julio de 2010) que la falta de compromiso de los países desarrollados es definitivamente uno de los mayores obstáculos en las negociaciones.¹⁹

En otras palabras, los países en desarrollo buscan medidas y estrategias que concreten el plan de acción que surgió de Copenhague, pero no están dispuestos a que el resto del mundo se quede mirando. Todos deben poner su grano de arena y bajar al terreno de ofrecimientos reales y palpables.

Con respecto al ALBA, si dejamos de lado la familiar retórica bolivariana antiimperialista, creo que no pueden negarse ciertos aportes constructivos, pero hay que tener cuidado con no caer en incoherencias que finalmente reducirían toda contribución a estériles palabras y a eso... vacía retórica.

En conclusión, es evidente la necesidad de definir un escenario post-Kyoto, con pautas claras para dirigir políticas, estrategias y recursos para la lucha. Un fuerte y vinculante acuerdo global dará a gobiernos e inversionistas, incentivos y seguridad, lo que a su vez canalizará los recursos hacia el necesario *switch* tecnológico e inversiones verdes.

De igual modo, el rápido incremento de las emisiones de los países en vías de desarrollo, sumado a la falta de compromisos legales y vinculantes²⁰ obligan a ampliar la base participativa de las negociaciones post-Kyoto y a que el compromiso de la lucha sea global, planetario, al margen de las diferencias entre países Anexo I y Países No Anexo I, grandes y pequeñas economías en desarrollo.

18 “África advierte que no se logrará un acuerdo en la cumbre de Cancún”, 14 de mayo de 2010, Servicios - Políticas del clima, en <www.factorCO2.com>

19 “Brasil, Sudáfrica, India y China acusan a los países desarrollados de falta de compromiso en la lucha contra el cambio climático”, 27 de julio de 2010, Servicios - Políticas del clima, en <www.factorCO2.com>.

20 En cuanto países No Anexo I del Protocolo de Kyoto, los países en vías de desarrollo quedan exentos de obligaciones con respecto a reducir de forma vinculante sus emisiones, a diferencia de los que ocurre para los países Anexo I (países industrializados y economías en transición). Por ejemplo, el Ecuador ha firmado el Protocolo de Kyoto al amparo del *Principio de las responsabilidades comunes pero diferenciadas*. Para más información, y consúltese <news@pointcarbon.com>.

A la luz de los elementos analizados, resulta claro que los países del Norte deberían hacer bastante más de lo que hasta ahora realizan, sobre todo en consideración de su responsabilidad histórica frente a un fenómeno cuyas consecuencias ahora recaen indiscriminadamente sobre el planeta entero. Por ello, el mundo necesita solidaridad climática, como lo señala Nicholas Stern, y seguramente un multilateralismo más firme y eficaz que pueda sobreponerse a intereses nacionales.

La pregunta de rigor en este momento será: ver si el mundo en desarrollo mantendrá el liderazgo, aun sin ser el causante del problema y, eventualmente, sin recibir las compensaciones esperadas (y legítimas). Es un reto valiente que muchos países han decidido tomar, que el grupo del ALBA ha tomado. Mucha suerte a todos ellos y mucha suerte al ALBA porque se vienen momentos muy duros para el planeta y hay que estar mucho más preparados de lo que en realidad estamos.

Bibliografía

- ALBA, “Declaración de la VII Cumbre del ALBA TCP Cochabamba”, Bolivia, 17 de octubre de 2009.
- , “Declaración de Cochabamba 2010”, en http://www.lostiempos.com/media_pdf/2010/04/30/125703_pdf.pdf.
- Baer, P., T. Athanasiou, S. Kartha y E. Kemp, *The Greenhouse Development Rights Framework, The right to development in a climate constrained world*, Benedict, Heinrich Boll Foundation and Stockholm Environment Institute, noviembre de 2008, 2a. ed.
- Brown, Lester, *Planet B, 4.0*, New York, London, Earth Policy Institute, W.W. Norton and Company, 2010, en www.earthpolicy.org.
- Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra. *Construyendo el Movimiento Mundial de los Pueblos por la Madre Tierra*, en <http://cmppc.org/>.
- Heinberg, R., *Searching for a miracle, Net Energy' Limits & the Fate of Industrial Society*, Post Carbon Institute & International Forum on Globalization, septiembre 2009.
- Larrea Maldonado, Carlos, *Hacia una historia ecológica del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 2006.
- Lohmann, Larry, *Carbon Trading*, número 48, septiembre 2006.
- Stern, Nicholas, *The economics of climate change*, London, Stern Review, The Cambridge University Press, 2007.
- *The Global Deal*, New York, Public Affairs, 2009.
- World Bank, *State and Trends of the Carbon Market 2009*, Washington DC, mayo 2009. www.pointcarbon.com (página web especializada en mercados de carbono). www.factorCO2 (página web especializada en cambio climático y mercados de carbono).